

Entonces viéndose perdido este emir, se humilló á solicitar de nuevo el auxilio del rey cristiano Alfonso, contra quien antes había llamado á Yussuf y á sus Almoravides, ofreciendo al rey de Castilla entregarle las plazas en otro tiempo conquistadas para dote de su hija Zaida, así como todo lo que en lo sucesivo con su ayuda adquiriese. Y Alfonso, bien fuese por consideracion y obsequio á Zaida, bien porque le asustasen los progresos de los Almoravides, todavía accedió á enviar al inconstante Al Motamid, olvidando tantos perjuicios y males como por causa suya había sufrido, un ejército de cuarenta mil infantes y veinte mil caballos, á las órdenes probablemente del conde Gormaz (1). Pero habiendo escogido Ben Abu Bekr sus mejores tropas lamtunas, zenetas y mazamudes, para que saliesen á batir á los cristianos, quedaron estos derrotados cerca de Almodovar despues de rudos y sangrientos combates en que perecieron multitud de lamtunas ó almoravides.

Privado Ebn Abed de este primer recurso, estrechado mas y mas por el activo representante de Yussuf, y acosado por las instancias de los sevillanos que reducidos al último extremo le aconsejaban la capitulación, consintió en solicitarla, y la obtuvo alcanzando seguridad para sí, sus hijos, mujeres y esclavos, y para todos los habitantes. Tomó, pues, posesion de Sevilla Seir Abu Bekr en la luna de Regeb (setiembre de 1091), é hizo embarcar á Ebn Abed con toda su familia con destino á la fortaleza de Agmat. Cuando por última vez desde la nave que lo conducía por el Guadalquivir volvieron los ojos hácia la bella ciudad de Sevilla, abierta como una rosa, dice un autor árabe, en medio de la florida llanura, y vieron desaparecer las torres de su alcázar nativo, como un sueño de su grandeza pasada, todas sus mujeres, sus hijos que cambiaban una vida de placeres por las miserias del destierro, saludaron con destrozadores lamentos aquella patria que no habían de ver mas. En su cautiverio estuvo siempre Ebn Abed rodeado de sus hijas, vestidas de pobres y andrajosas telas; pero bajo aquellos humildes vestidos se descubría su delicadeza y hermosura y respaldada en sus rostros la régia majestad, siendo como un sol eclipsado y cubierto de nubes. Dicen que era tan extremada su pobreza que llevaban los pies descalzos y ganaban hilando su sustento. Murió Ebn Abed Al Motamid, el mas poderoso de los emires de España despues del imperio, en su destierro de Agmat miserable y desastrosamente: triste remate á que le condujo el llamamiento de auxiliares extranjeros.

Dueños los Almoravides de Granada, de Córdoba y de Sevilla, fácil les fue enseñorearse de toda la España musulmana. Poco tardó en caer en su poder Almería, donde tan gloriosamente había reinado el erudito y generoso Al Motacim, teniendo su hijo Izzod-haula (que solo reinó despues de su padre tres meses) que buscar un asilo en Bugía (1091). Aun cupo mas desventurada suerte á Omar ben Alafthas el de Badajoz, que hecho prisionero con sus dos hijos Fahdil y Alabás despues de tomada por asalto la ciudad, fueron inhumanamente degollados de orden de Seir Abu Bekr (2). Valencia, donde reinaba el antiguo emir de Toledo Alkadir ben Dilnum que destronó el rey Alfonso, fué tomada tambien por los Almoravides. Abandonada por los cristianos que sostenían á Ben Dilnum, el cadí de Valencia Ahmed ben Gehaf la entregó á los africanos, y Yahia Alkadir sucumbió desastrosamente (1092). Cayeron luego las Baleares en poder de los nuevos conquistadores de Africa. De esta manera en menos de tres años tuvo Yussuf el orgullo de someter una en pos de otra todas las soberanías de la España musulmana.

Solo Zaragoza se había salvado de la universal conquista. Razones de alta política y de mutuo interés mediaron para que fuese respetada esta parte de España. Su rey era un príncipe rico, afable además y muy humano, querido de sus pueblos y respetado de los vecinos: sostenía con heroico valor una gran parte de la España oriental, en que se comprendían las importantes ciudades de Medinaceli, Calatayud,

(1) El conde Gumis, dicen las historias arábicas.

(2) Dozy, Recherches, tom. I, ps. 122 y 236, que refiere estos sucesos con arreglo á los textos de Ben Alabar y Ben Alkatib, con algunas variantes de como los cuenta Conde.

Daroca, Huesca, Tudela, Barbastro, Lérida y Fraga: dueño del Ebro bajo, de los Alfaques y Tarragona, enviaba sus naves cargadas de frutos españoles á los mares y puertos de Africa, y recibía en retorno mercaderías de Oriente, de la India, de la Persia y de la Arabia. Yussuf no se atrevió á enojar á tan poderoso rey, y Abu Gíafar temía por su parte tener por enemigo á quien tan multiplicadas victorias y conquistas iba haciendo. Para conjurar, pues, la tempestad envió á Yussuf presentes de gran valor, que Alcoidai hace consistir en catorce arrobas de plata, acompañadas de una carta en que solicitaba su alianza y amistad, y en la cual entre otras cosas le decía: «Es mi reino el baluarte que media entre tí y el enemigo de nuestra ley: este antemural es el amparo y defensa de los musulimes, desde que reinaron en esta tierra mis abuelos, que siempre velaron en esta frontera para que los cristianos no entrasen á las demás provincias de España. Será mi mas cumplida satisfaccion la seguridad y confianza de tu amistad, y que estés cierto de que soy tu buen amigo y aliado. Mi hijo Abdelmelik te manifestará las disposiciones de nuestro corazón, y nuestros buenos deseos de servir á la defensa y propagacion del Islam.» A esta carta contestó Yussuf con otra no menos atenta y expresiva, ofreciéndole todas las seguridades de una amistad sincera y estrecha, con que quedaron ambos reyes satisfechos y contentos.

Oportunamente hizo esta alianza el rey mahometano de Zaragoza, y falta le hacían los auxilios que le suministrarán los Almoravides, por mas que los historiadores árabes exageren su poder, porque desde 1088, así el rey don Sancho Ramirez de Aragon como don Pedro su hijo no habían cesado de hostilizar y talar sus fronteras, le habían tomado á Monzon y á Huesca, y haciendo por último una violenta irrupcion en tierras de Zaragoza, se había apoderado el último de estos monarcas de Barbastro, habiendo sucumbido mas de cuarenta mil musulmanes en esta guerra al filo de las espadas cristianas. Pero con la ayuda que recibió de los Almoravides, y gracias á su oportuna alianza, no dejó de mejorar su posicion y de variar el aspecto de la guerra, como habremos de ver en la historia de aquel reino.

Quedaba, pues, posesionada de la España musulmática una nueva raza de hombres, los Almoravides africanos, conquistadores de los mismos que antes los habían conquistado á ellos: nuevos cartagineses llamados por sus hermanos y convertidos en dominadores y tiranos de los mismos que los habían invocado como protectores y salvadores. Cumplióse la profecía del walí de Málaga y del hijo de Ebn Abed cuando dijeron: «Ellos nos atarán con sus cadenas y nos arrojaron de nuestra patria.» Terribles fueron sus primeros ímpetus y arremetidas contra los cristianos: veremos cómo se desenvuelven de estos nuevos y formidables enemigos.

## CAPÍTULO II

### El Cid Campeador

Enojo del rey de Castilla con Rodrigo.—Destierrale del reino.—Alianza del Cid con el rey Al Mutamin de Zaragoza.—Sus campañas contra Al Mondhir de Tortosa, Sancho Ramirez de Aragon y Berenguer de Barcelona.—Vence y hace prisionero al conde Berenguer: restitúyete la libertad.—Acorre al rey de Castilla en un conflicto: sepárase de nuevo de él.—Correrías y triunfos del Cid en Aragon.—Sus primeras campañas en Valencia.—Política y maña de Rodrigo con diferentes soberanos cristianos y musulmanes.—Reconciliase de nuevo con el rey de Castilla y vuelve á indisponerse y á separarse.—Vence segunda vez y hace prisionero á Berenguer de Barcelona.—Tributos que cobraba el Campeador de diferentes príncipes y señores.—Sus conquistas en la Rioja.—Pone sitio á Valencia.—Muerte del rey Alkadir.—Apuros de los valencianos.—Hambre horrosa en la ciudad.—Tratos y negociaciones.—Proezas del Cid.—Rendicion de Valencia.—Comportamiento de Rodrigo.—Sus discursos á los valencianos.—Horrible castigo que ejecutó en el cadí Ben Gehaf.—Rechaza y derrota á los Almoravides.—Conquista á Murviedro.—Muerte del Cid Campeador.—Sostiénese en Valencia su esposa Jimena.—Pasa á Valencia el rey de Castilla, la quema y la abandona.—Posesiónanse los Almoravides de la ciudad.—Aventuras romancescas del Cid.

Resonaba por este tiempo en España la fama de las proezas y brillantes hechos de armas de un caballero castellano,

cuyo nombre gozará de perpetua celebridad, no solo en España y en Europa, sino en el mundo, y que ha alcanzado el privilegio de oscurecer y eclipsar á tantos héroes como produjo la España de la edad media. Este famoso caballero era Rodrigo Diaz de Vivar, llamado luego el *Cid Campeador* (1), de quien ya hemos contado en nuestra historia algunos hechos, pero cuyas principales hazañas nos proponemos referir en este capítulo (2). ¿Mas cómo adquirió este personaje tan singular prestigio? ¿Cómo se hizo el Cid el tipo de todas las virtudes caballerescas de la edad media española? ¿Cómo ha venido á ser el héroe de las leyendas y de los cantos populares? ¿Es el mismo el Cid de la historia que el Cid de los romances y de los dramas?

Que desde el siglo XII hasta el XIV, se mezclaron á las verdaderas hazañas de Rodrigo el Campeador multitud de aventuras fabulosas que inventaron y añadieron los romances, es cosa de que no duda ya ningun crítico. El deslindar la parte verdadera y cierta de la inventada y fabulosa, ha sido trabajo que ha ocupado por mucho tiempo á los críticos mas eruditos, sin que hasta ahora haya sido posible fijar con exactitud la línea divisoria entre la verdad y la fábula. Felizmente los modernos descubrimientos, especialmente de memorias y manuscritos árabes, y su cotejo y confrontacion con los documentos latinos y castellanos debidos á celosos escudriñadores de nuestras bibliotecas y archivos, permiten ya descifrar con mas claridad, si no con entera luz, lo que acerca de este célebre personaje puede con certeza ó con probabilidad adoptar la historia y lo que debe quedar al dominio de la poesía. No vamos, sin embargo, á hacer una biografía del Cid, sino á referir la parte de sus hechos que tiene alguna importancia histórica, por los documentos arábicos y españoles que hasta ahora han llegado á nuestra noticia (3).

(1) El *Cid*, de el *Seid*, señor.—El *Campeador*, equivalente á *retador*, *peleador*, de la palabra teutónica *champ*, duelo y pelea: algunos le hacen sinónimo de *campeon*: entre los árabes *cambitor*, *cambiatur*; los latinos solían llamarle *campiductus*.—Nombrábase tambien *Ruy Diaz*, sincope de *Rodrigo Diaz*.

(2) Sería por consiguiente casi supérfluo advertir que rechazamos completamente los desacertados asertos de Masdeu, que dedicó casi un volumen á poner en duda todo lo relativo al Cid, y concluyó con estas temerarias palabras: «Resulta por consecuencia legítima, que no tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de nuestra nacion. Algunas cosas dije de él en mi Historia de la España árabe... pero habiendo ahora examinado la materia mas prolijamente, juzgo deberme retractar aun de lo poco que dije, y confesar con la debida ingenuidad, que de Rodrigo Diaz el Campeador (pues hubo otros castellanos con el mismo nombre y apellido) nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo sér ó existencia. (Refutación crítica de la historia leonesa del Cid, pág. 370).»—Sentimos que tales palabras hayan sido estampadas por un español, y mas por un español erudito, y amante por otra parte de las glorias españolas, á veces hasta la exageracion.

(3) Tomamos generalmente por guía en esta materia al doctor Dozy, que en sus Investigaciones sobre la Historia literaria y política de España en la edad media, nos parece haber reunido mas copia de datos sobre el Cid que ningun otro escritor que conozcamos, y en lo cual creemos ha hecho un notable servicio á la literatura histórica española. Las últimas cuatrocientas páginas de su primer tomo en 4.º las dedica á hablar del Cid.

Los documentos mas antiguos que dan noticia del Cid son: un manuscrito árabe de Ibn Bassán, escrito en 1109, que copia el referido autor: el *Poema del Cid*, que suponen muchos compuesto hácia la mitad del siglo XII: una crónica escrita en el Mediodía de la Francia hácia el año 1141: del siglo XIII son la Crónica de Birgos, los Anales toledanos primeros, el *Liber Regum*, los Anales Compostelanos, las Crónicas de Lúcas de Tuy y del arzobispo don Rodrigo, que dan escasas noticias sobre el Campeador: la *Crónica general* atribuida á don Alfonso el Sabio, y las crónicas ó historias de los siglos siguientes, que adoptaron las noticias de las que las habían precedido. En 1792 publicó el ilustrado Padre Risco un libro con el título de *La Castilla y el mas famoso castellano*, de un manuscrito latino en 4.º que halló en la biblioteca de San Isidro de Leon, y que contenía entre otras cosas una antigua historia del Cid que llevaba por título *Hic incipit gesta de Roderici Capiducti*. El célebre historiador de la Confederacion suiza, Juan de Müller, que publicó en 1805 en aleman una historia del Cid, admitió como auténtica la latina y tomó como buena fuente histórica el *Poema del Cid*. Mas en aquel mismo año publicó Masdeu el volumen 20 de su *Historia crítica de España*, en que se propuso probar que el manuscrito de Leon era apócrifo, con-

Hémosle visto ya distinguirse como guerrero bajo las banderas del rey don Sancho el Fuerte de Castilla en los combates de Llantada y Golpejares y en el cerco de Zamora. Hémosle visto en el templo de Santa Gadea de Burgos tomar al rey Alfonso aquel célebre juramento que tanto debió herir el amor propio del monarca castellano. Bien que este disimulara al pronto su enojo, es lo cierto que no le perdonó la ofensa, y que mas adelante le desterró de su reino, á cuyo acto acaso no fué ajena la familia de García Ordoñez, enemigo de Rodrigo. Pasó entonces el de Vivar á tierras de Barcelona y Zaragoza y comenzó á guerrear por su cuenta. El rey mahometano de Zaragoza Al Moktadir había dividido sus Estados entre sus dos hijos Al Mutamin y Al Mondhir, llamado tambien Alfabig: el primero obtuvo á Zaragoza, el segundo á Lérida, Tortosa y Denia. Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos, Al Mondhir hizo alianza con Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Navarra, y con Berenguer Ramon II de Barcelona; peleaba Rodrigo Diaz en favor de Al Mutamin. Entró el Cid en Monzon á la vista del ejército de los aliados, por mas que Sancho hubiera jurado que nadie tendría la audacia de hacerlo. Despues de lo cual dedicóse con Al Mutamin á reedificar y fortificar el viejo castillo de Almenara, entre Lérida y Tamariz. Acudió á sitiar esta fortaleza el conde Berenguer, junto con los de Cerdeña y Urgel, y con los señores de Vich, del Ampurdan, del Rosellon y de Carcasona. Sancho Ramirez de Aragon andaba por otra parte ocupado. Prolongábase el cerco y comenzaba á faltar el agua á los sitiados (1081). Notició Al Mutamin á Rodrigo, que se hallaba entonces en la fortaleza de Escarps, en la confluencia del Guarnic y del Cinca, la apurada situacion en que se veía la guarnicion de Almenara. Quería el musulman que Rodrigo atacara á los sitiadores, mas el castellano prefirió ofrecer á los condes cata-

chuyendo por negar, ó al menos por poner en duda hasta la existencia del Cid. Huber en su Historia del Cid publicada en 1829, cree en la autenticidad de la de Risco. La muerte impidió á este contestar á Masdeu. El ilustrado P. La Canal, continuador como Risco de la España Sagrada, había escrito una refutación á la crítica de Masdeu, que no se publicó, entre otras razones, por haber muerto el crítico jesuita. El señor Quintana escribió la vida del Cid. Hablan de él además no pocos historiadores árabes citados ó traducidos por Conde, Gayangos y Dozy.

El primer instrumento público en que sepamos pusiera su firma el Cid es el privilegio de Fernando el Magno dado á los monjes de Lorbaon cuando conquistó á Coimbra, cuya copia tenemos á la vista, y que citamos en nuestro capítulo 23 del anterior libro: hállase además en varios documentos del rey don Sancho de los años 1068, 1069, 1070 y 1072: en la *Carta de Arras* para su contrato de matrimonio con doña Jimena en 1074, que publicó Sandoval en los *Cinco Reyes*: se ve tambien la firma de Rodrigo Diaz en el Fuero de Sepúlveda de 1076, y en otros muchos instrumentos de aquel tiempo. Su carta de Arras es un documento notable.

«En el nombre de la Santa é indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, un solo Dios admirable y rey eterno, como saben muchos y pocos pueden declarar. Yo, pues, Rodrigo Diaz, recibí por mujer á Jimena, hija de Diego, duque de Asturias. Quando nos desposamos prometí dar á dicha Jimena las villas aquí nombradas, hacer de ellas escritura y señalar por fadores al conde don Pedro Assurez y al conde don García Ordoñez de que son ciertas las herencias que tengo en Castilla. Es á saber la hacienda que tengo en Cavia y la porcion de la otra Cavia, que fué de Diego Velazquez, con las que tengo en Mazullo, en Villayzan de Candemunio, en Madrigal, en Villasances, en Escobar, en Grijalva, en Ludego, en Quintanilla de Morales, en Boada, en Manciles, en Villagato, en Villayzan de Treviño, en Villamayor, en Villahernando, en Vallecido en Nelgosa y otra parte de Boada, en Alcedo, en Fuenterevilla, en Santa Cecilia, en Espinosa, en Villanuez y la Nuez, en Quintana Laynez, en Villanueva, en Cerdiños, en Bivar, en Quintana Hortuño, en Ruseras, en Perquerino, en Ubierna, en Quintana-montana, en Moradillo, con el monasterio de San Cebrían de Valdecañas, en Laimbistia. Doyte todas estas villas, en que no se cuentan las que sacaron Alvar Fañez y Alvaro Alvarez mis sobrinos, con todas sus tierras, viñas, árboles, prados, fuentes, dehesas y molinos con sus entradas y salidas. Todo esto os doy y otorgo en arras á vos mi mujer Jimena, conforme al fuero de Leon, y segun hemos acordado entre nosotros, con título de filiacion y prohibicion. Además de esto te doy todas las demás villas y heredades fuera de las aquí expresadas, en donde quiera que yo las tenga, y tú las puedes aver enteramente, así las que al presente tenemos, como las que pudiésemos adquirir por razon de esta prohibicion. Y si yo Rodrigo Diaz muriese antes que vos mi mujer Jimena Diaz, y permaneciéreis en estado de viuda, goceis de dichas villas en titu-



lanes cierta suma de dinero á condicion de que levantaran el asedio, propuesta que rechazaron los catalanes con indignacion. Irritado con este desaire el Cid, los atacó, acuchilló gran número de ellos, ahuyentó los demás, hizo prisionero al conde Berenguer de Barcelona, y partió con el orgullo del triunfo á Tamariz, donde presentó su ilustre prisionero á Al Mutamin, y de allí á Zaragoza, si bien á los cinco dias de retenerle en su poder le devolvió, al decir de la crónica, su libertad (1). Premió Al Mutamin al Campeador con muchos y ricos dones y alhajas, y le dió mas autoridad que á su propio hijo, de suerte que era el Cid como el señor de todas las tierras pertenecientes al reino de Zaragoza.

Cuando en 1083 el gobernador de Roda Albofalac se rebeló contra Al Mutamin y proclamó soberano á su tío Almudhaffar, este pidió ayuda al rey don Alfonso, que le envió á su primo el príncipe Ramiro de Navarra con el conde Gonzalo Salvadores de Castilla y muchos otros nobles que conducian una respetable hueste. No contento con esto Almudhaffar, suplicó al rey de Castilla que fuese en persona. También le complació en esto Alfonso y permaneció algunos dias en Roda. Mas como despues de su partida hubiese muerto Almudhaffar, trató Albofalac con el infante Ramiro, y ofreciéndole entregar la plaza á Alfonso, rogó á este que pasase personalmente á posesionarse de ella. Por fortuna receló el monarca de tan generoso ofrecimiento y dispuso que entraran sus generales delante de él. La sospecha era harto fundada.

lo, y prohibicion, como arras propias, con lo demás que dejare y quedare en mi casa de bienes, muebles, ganado, cavallos, cavallerías, armas y ajuares de casa; de modo que sin tu voluntad no se dé cosa alguna, ni á hijos ni á otra persona: y despues que murieses lo hereden los hijos que naciesen de nuestro matrimonio. Si sucediese que yo Ximena Diaz tomare otro marido, pierda el derecho á todos los bienes, que por esta prohibicion y arras recibo y la hereden los hijos que nacieren de nuestro matrimonio. Asimismo yo Ximena Diaz prohijo á vos Rodrigo Diaz mi marido, de estas mis arras, de todos mis muebles y cuanto heredare, esto es, villas, oro, plata, heredades, cavallerías, armas y alhajas de casa. Y si sucediere que yo Ximena Diaz muriere antes que vos Rodrigo Diaz mi marido, es mi voluntad heredeis toda mi hacienda como queda dicho y seais dueño de toda ella y la podais dar á quien gustaseis despues de mi muerte y despues la hereden los hijos que de nosotros hayan nacido, lo cual otorgo y prometo yo Rodrigo Diaz á vos mi esposa, por el decoro de vuestra hermosura y pacto de matrimonio virginal. También nosotros los dichos condes Pedro hijo de Assur y García hijo de Ordoño fuimos y seremos fiadores. Por tanto yo el dicho Rodrigo Diaz otorgo esta carta á vos Ximena Diaz, y quiero que sea firme sobre toda la hacienda nombrada y prohibicion, que entre nosotros hacemos, para que la goceis y disponais de ella á vuestra voluntad. Si alguno en adelante, así por mí como por mis parientes, hijos, nietos, extraños ó herederos, contraviniere á esta criatura, rompiere ó instaren á romperla, el tal quede obligado á pagar dos ó tres veces doblado; y lo que se hubiese mejorado; y pague al fisco real dos talentos de oro y vos los goceis perpetuamente. Fué hecha esta carta de donacion y prohibicion en 19 de julio de la era 1422, que es año de 1074. Nosotros Pedro Conde y García Conde; que fuimos fiadores, oímos leer esta carta, la confirmamos con nuestras manos. En nombre de Cristo, Alfonso rey por la gracia de Dios, Urraca Fernandez. Elvira, hija de Fernando juntamente con mis hermanos. Gonde Nuño Gonzalez, conf. conde Gonzalo Salvadores, conf. Diego Alvarez, Diego Gonzalez, Alvaro Gonzalez, Alvaro Salvadores, Bermudo Rodriguez, Alvaro Rodriguez, Gutierre Rodriguez, Rodrigo Gonzalez, paje de lanza del rey, Munio Diaz, Gutierre Muñiz, Froyla Muñiz, Fernando Perez, Sebastian Perez, Alvaro Aniz, Alvaro Alvarez, Pedro Gutierrez, Diego Gutierrez, Diego Maurel, Sancha Rodriguez, Teresa Rodriguez. Fueron testigos Anaya, Diego y Galindo.»

Era Rodrigo hijo de Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo, uno de los jueces de Castilla; y Ximena lo era de Diego, conde de Asturias.

(1) Gesta Comit. Barcin., p. 20.—Segun el *Poema del Cid*, Rodrigo habia estado antes en Barcelona, donde debieron sobrevenir desavenencias entre el castellano y el barcelonés, que el poeta indicó en los siguientes versos, puestos en boca del conde:

Grandes tuertos me tiene mio Cid el de Bibar:  
Dentro de mi Cort tuerto me tobo grant:  
Firiom' el sobrino é non lo emmendó mas.

hablando de la batalla añade:

Hy ganó á Colada, que mas vale de mil marcos de plata.  
Prisólo al conde, para su tierra lo lebabá:  
A sus creenderos mandarlo guardaba...

Al entrar las tropas de Castilla una lluvia de piedras descargó de improviso sobre los cristianos: muchos sucumbieron víctimas de aquella traicion, y entre ellos el conde Gonzalo Salvadores nombrado Cuatro-Manos, cuyo cadáver fué transportado á Oña (1084). Triste y apesadumbrado se hallaba en su campo el rey Alfonso, cuando noticioso el Cid de aquel desastre pasó á unírsele desde Tudela. Recibióle benévola-mente el monarca, y le manifestó su deseo de que le siguiera y acompañara á Castilla. Hízolo así Rodrigo. Mas como no tardase en penetrar que no se habia extinguido aun la desfavorable prevencion del rey hácia su persona, separóse otra vez de él y se volvió á Zaragoza.

Encomendóle entonces Al Mutamin que hiciese algunas incursiones por tierras de Aragon. Rápidas como el relámpago y abrasadoras como el rayo eran estas correrías que el Campeador hacia con sus bandas, y antes regresaba él cargado de prisioneros y de botin que tuvieran tiempo sus enemigos para apercibirse de ello cuanto mas para prepararse á resistir sus acometidas. Entróse despues por los dominios de Al Mondhir Alfagib, taló y devastó sus campos, puso sitio á Morella, y reedificó y fortificó el castillo de Alcalá de Chivert. Invocó Al Mondhir el auxilio de su aliado Sancho Ramirez: asentaron los dos príncipes sus reales en los campos del Ebro, desde donde intimó Sancho á Rodrigo Diaz que evacuara el territorio de Al Mondhir. «Si venís, contestó el arrogante castellano, con intenciones pacíficas, os dejaré el paso libre, y aun os daré ciento de mis guerreros para que os escolten y acompañen: pero yo no me moveré de donde estoy.» Con esta respuesta marcharon Sancho y Al Mondhir contra Rodrigo que los esperó á pié firme. Empeñóse el combate: larga y reñida fué la pelea: pero el guerrero castellano derrotó al fin y deshizo las huestes de los dos monarcas, cristiano y musulman, que ambos se salvaron por la fuga. Persiguiólos el Campeador y logró hacer prisioneros dos mil soldados con multitud de nobles aragoneses: con estos y con un inmenso botin se volvió á Zaragoza, donde Al Mutamin le colmó nuevamente de honores.

Otro campo se abrió despues el hazñoso castellano. El nuevo teatro de sus proezas habia de ser Valencia. Reinaba intranquilamente en esta ciudad el desgraciado Yahia Alkadir ben Dilnüm, á quien Alfonso habia arrojado de Toledo. Gracias á las tropas castellanas que guarnecian á Valencia mandadas por Alvar Fañez, aunque costeadas por Alkadir, habia podido este irse sosteniendo contra propios y extraños enemigos. Sin embargo habia perdido á Játiva que su gobernador entregó á Al Mondhir, el rey de Lérida, de Tortosa y de Denia, hermano del de Zaragoza. Al Mondhir habia hecho ya algunas tentativas para apoderarse de la misma capital, y aunque infructuosas, los valencianos tenian el triste presentimiento de que Valencia se habria de perder por Alkadir como Toledo. En tal estado ocurrió la famosa irrupcion de los Almoravides, y la terrible y funesta derrota de Alfonso VI en Zalaca que dejamos referida en el anterior capítulo. Alfonso habia llamado á Alvar Fañez de Valencia, y privado Alkadir de su único sosten y apoyo hizo alianza con Yussuf el jefe de los Almoravides, emancipándose del soberano de Castilla. Mas como Yussuf volviese á Africa y el Cid hubiera ahuyentado á los Almoravides de Murcia, encontróse otra vez el de Valencia abandonado y solo: su rival Al Mondhir se presentó con poderosa hueste al pié de los muros de la ciudad: en tal apuro volvió otra vez Alkadir los ojos hácia Alfonso de Castilla, cuyo auxilio reclamó, como igualmente el de Almostain de Zaragoza que habia sucedido á su padre Al Mutamin, y con quien el Campeador continuaba en la misma amistad y alianza que con su padre. Concertaron entonces Almostain y Rodrigo ayudarse recíprocamente para conquistar á Valencia, á condicion de que la ciudad habria de ser para Almostain, el botin para Rodrigo todo.

Noticioso de esta confederacion y de este proyecto Al Mondhir, apresuróse á levantar el sitio, y los dos alados se presentaron delante de Valencia. Dióles Alkadir cumplidas gracias, considerándolos como atentos auxiliares é ignorante de sus ulteriores designios. Mas cuando el de Zaragoza recordó al Cid su empresa de ayudarle á conquistar á Valencia

respondióle el castellano que aquel proyecto era irrealizable, porque Alkadir era un vasallo del rey de Castilla, y que quitársela á Alkadir equivalia á quitársela á Alfonso, su soberano, á quien él no podia faltar: contestacion que dió al traste con todas las ilusiones de Almostain, el cual se retiró desazonado á Zaragoza. Manejóse entonces el Cid con la maña y astucia de un gran político. Mientras con buenas palabras entretenia por un lado á Alkadir el de Valencia, por otro á Al Mondhir el de Lérida, y por otro á Almostain el de Zaragoza, hablando á cada cual en el sentido que halagaba mas sus intereses, aseguraba y protestaba al rey de Castilla que, vasallo suyo como era, ni obraba ni guerrea sino en el interés de su soberano: que su objeto era enflaquecer y debilitar á los moros; que la hueste que mandaba la sostenia á costa de los infieles y nada le costaba al rey, á quien pensaba hacer pronto dueño de todo aquel país. Satisfecho con esto Alfonso permitióle retener bajo su mando aquel ejército, y comenzó el Cid á hacer por la comarca de Valencia aquellas atrevidas excursiones que al propio tiempo que le proporcionaban proveer al mantenimiento de su gente, difundian el espanto y el terror entre los mahometanos (1089).

Convencido ya el de Zaragoza de que para tomar á Valencia no podia contar con el Cid, trató con Berenguer de Barcelona, á quien halló mas propicio, tanto que seguidamente vino el barcelonés á poner cerco á aquella ciudad tan codiciada de todos. Era esto á la sazón que Rodrigo habia pasado á Castilla á conferenciar con el rey Alfonso sobre sus proyectos y operaciones. Recibióle bien el monarca y le dió el dominio y señorío de todos los pueblos y fortalezas que conquistara á los musulmanes. Cuando regresó hácia Valencia el Campeador con una hueste de seis mil hombres que entonces acaudillaba, no se atrevió el conde Berenguer á esperarle, y levantando el cerco tomó la vuelta de Barcelona, contentándose sus soldados con dirigir amenazas é insultar á los del Cid, el cual no quiso atacarlos por consideracion al parentesco que unia á Berenguer de Barcelona con Alfonso de Castilla su soberano (1). Prometió á Alkadir el de Valencia que le protegeria contra todos sus enemigos, moros ó cristianos, y pactó con él que llevaria á la ciudad el botin que recogiera en sus expediciones, y en cambio el de Valencia le asistiria á él con mil dinares mensuales. Empeñóse de nuevo Rodrigo sus correrías por el país, y obligó á los alcaldes de las fortalezas á pagar á Alkadir el tributo que acostumbraban.

Una nueva complicacion vino á indisponer otra vez al Cid con su soberano. Cuando en 1090 Yussuf con sus Almoravides y con los árabes andaluces fué á atacar el castillo de Aledo, Alfonso avisó á Rodrigo para que acudiese al socorro de los sitiados. Por una fatal combinacion de circunstancias, y acaso mas por culpa de Alfonso que de Rodrigo, no pudo este incorporarse oportunamente al ejército cristiano. Valiéronse de esta ocasion sus enemigos para acusar al Cid de traidor á su rey, imputando su retraso á intencion de comprometer el ejército de Castilla y de proporecionar un triunfo á los sarracenos. Por inverosímil é injustificable que fuese la acusacion, el monarca, siempre prevenido contra Rodrigo Diaz, ó dió ó aparentó dar crédito á los denunciadores, revocó el derecho de señorío que le habia dado sobre las fortalezas que conquistara, le privó hasta de las posesiones de su propiedad, é hizo poner en prision á su esposa y sus hijos. Noticioso de tan duras medidas, despachó el Cid uno de sus caballeros para que le justificara ante el rey Alfonso ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial. Desoyó el monarca la proposicion. Devolvióle, no obstante, la esposa y los hijos prisioneros, mas no satisfecho con esto el Cid, le envió cuatro justificaciones, cada una en términos diferentes: nada bastó á ablandar el ánimo del injustamente enojado monarca.

Volvió entonces el Campeador á guerrear por su cuenta. Desde Elche donde se hallaba partió siguiendo la costa. En pocos dias rindió la guarnicion de Polop, donde se apoderó de una cueva en que habia custodiado un tesoro de inmensas riquezas en dinero y en telas preciosísimas. Pasó el invierno

(1) Sin duda por alguna de las esposas de este último, casi todas oriundas de Francia como las condesas de Barcelona.

TOMO I

en las inmediaciones de Denia. Desde Orihuela hasta Játiva no dejó un solo muro en pié. El botin vendiálo en Valencia con arreglo al trato hecho con Alkadir. Marchó despues con todo su ejército contra Tortosa, taló la comarca y se apoderó de Mora. Su antiguo enemigo Al Mondhir, rey de aquella tierra, acudió de nuevo á Berenguer de Barcelona, suplicándole le ayudara á desembarazarse del importuno guerrero castellano. Berenguer, que deseaba tambien vengar las humillaciones que habia recibido del Cid, púsose con grande ejército sobre Calamocho, y aun logró hacer entrar en la confederacion al rey de Zaragoza Almostain. Eran ya tres príncipes, dos musulmanes y uno cristiano, conjurados contra Rodrigo solo, y sin embargo, todavia quisieron comprometer al rey de Castilla á que los ayudara á humillar al altivo y formidable castellano, lo cual no consiguieron.

Hallábase el Cid acampado en un valle circundado de altas montañas, cuando Almostain, que sin duda queria congraciarse con Rodrigo, le avisó que iba á ser atacado por el barcelonés. «Pues bien, le contestó en una carta el de Vivar, aquí le esperaré y os ruego que le enseñeis esta carta.» Vivamente picado el de Barcelona escribióle á su vez diciendo que esperara su venganza; que si creia que él y los suyos eran mujeres, pronto le haria ver lo contrario; que si se atrevia al día siguiente á dejar sus montañas y combatir en el llano, entonces le tendria por Rodrigo el guerrero, el Campeador, mas si lo rehusaba ó esquivaba le tendria solo por traidor y aleoso. A tales denuestos contestó sobre la marcha Rodrigo, haciéndole ver que no le intimidaban sus bravatas, y que si hasta entonces no le habia atacado agradeciéndolo á la consideracion que habia querido guardar al rey Alfonso su soberano; pero que en la llanura le encontraria (2). En su consecuencia, hizo el conde Berenguer ocupar de noche y con sigilo las montañas que se levantaban á espaldas de los reales del Cid, y al rayar el alba se precipitaron los catalanes en el valle. El de Vivar, que no estaba desprevenido, salió impetuosamente á su encuentro y arrolló la vanguardia de Berenguer, si bien el Cid cayó herido del caballo en términos de no poder pelear. Pero sus intrépidos y leales castellanos prosiguieron combatiendo tan briosamente, que despues de hacer grande mortandad en los catalanes, condujeron prisionero al pabellon de Rodrigo al conde Berenguer con varios otros nobles catalanes y cinco mil soldados mas.

Humillado y confuso el conde, fué al principio dura y ásperamente tratado por su vencedor, que ni siquiera le permitió tomar asiento á su lado en la tienda. Mandó que le tuvieran bien custodiado fuera del recinto de los reales, pero que ni al ilustre prisionero ni á los suyos les escasearan la despensa. Inútil era el obsequio para quien con el disgusto y el bochorno de la derrota estaba mas para pensar en lo amargo y desabrido de su suerte que en lo sabroso y dulce de las viandas (3). Dolióse al fin el Cid de la pesadumbre del barce-

(2) Gesta Comit. Barcin.—La Castilla y el mas famoso castellano, página 186.

(3) Esta escena de la comida está pintada en el Poema con una sencillez ruda y enérgica, al propio tiempo que con una vivacidad sumamente dramática.

A Mio Cid Don Rodrigo grant cocinal adobaban:

El conde Don Remon non gelo presia nada.

Adiscenle los comeres, delante gelos paraban:

El non lo quiere comer, á todos los rasonaba.

«No combré un bocado por quanto ha en toda España:

Antes perderé el cuerpo é dexaré el alma,

Pues que tales malcazados me venciéron de batalla.»

Mio Cid Ruiz Diaz odredes lo que dixo:

«Comed, conde, deste pan é bebed deste vino:

Si lo que digo ficiéredes, saldredes de cativo:

Sinon en todos vuestros dias non veredes Christianismo...»

Quando esto oyó el conde yas iba alegrando:

«Si lo ficiéredes, Cid, lo que avedes fablado,

Tanto quanto yo viva dend seré maravillado.»

—«Pues comed, conde, é quando fueres yantado,

A vos é á otros dos darvos he de mano...»

Alegre es el conde, é pidió agua á las manos...

«Del día que fui conde, non yanté tan de buen grado,

El sabor que dend'he non será olvidado...»

Dánle tres palafrés muy bien ensellados... etc.